

LAS BIZARRIAS DE BELISA.

COMEDIA FAMOSA
DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes.

Belisa, <i>Dama.</i>		Fabia, <i>criada.</i>		Julio,
Finea, <i>su criada.</i>	* * *	D. Juan de Cardona.	* * *	Conde Enrique.
Celia, <i>Dama.</i>	* * *	Tello, <i>su criado.</i>	* * *	Fernando, <i>criado del</i>
Lucinda, <i>Dama.</i>	* * *	Octavio, <i>Galan.</i>	* * *	Conde.



JORNADA PRIMERA.

Sale Belisa con vestido entero de luto galan, flores negras en el cabello, guantes de seda negra y valona, y Finea.

Fin. Así rasgas el papel?

Bel. Cansame el Conde, Finea.

Fin. Qué ingratitud!

Bel. Que lo sea:
me manda amor.

Fin. Fuego en él,
que pienso que no es tan vario
en sus mudanzas el viento.

Bel. Navega mi pensamiento
por otro rumbo contrario:
castigó mi voluntad
el cielo.

Fin. No sé si diga,
que justamente castiga,
señora, tu libertad.

Tanto despreciar amantes,
tanto desechar maridos,
tanto hacer de los oídos
arracadas de diamantes,
claro está, que habian de dar
en ocasion al amor,
para vengar tu rigor.

Bel. Bien se ha sabido vengar.

Fin. O qué bien los has vengado
con querer ahora bien
á quien, ni aun sabes á quien,
ni él tan poco tu cuidado!
Tus desdenes con razon
ahora diciendo estan,
qué se hizo el Rey Don Juan?
los Infantes de Aragon
qué se hicieron?

Bel. No presumas,
que de esta mudanza estoy
arrepentida, aunque doy
agua al mar, al viento plumas;
porque tengo la memoria

A

de este necio amor tan llena,
que juzgo poco la pena
para tan inmensa gloria.
Llaman?

Fin. Sí.

Bel. Pues quiero hablarte
con mas espacio despues;
mira quien es.

Fin. Celia es,
que ha venido á visitarte.

Sale Celia.

Cel. Prospera tu vida el cielo.

Bel. No sé, Celia, si querrá
tener ese gusto ya.

Cel. Ya la novedad recelo:
dixéronme que te habian
visto con luto en la calle
mayor, aunque gala y talle
la causa contradecian:
y hallo que todo es verdad;
pero tanta bizzarria
no es tristeza.

Bel. Celia mia,
murió.

Cel. Quién?

Bel. Mi libertad.

Cel. Es imposible que en tí
haya faltado el desden.

Bel. No es faltarme, querer bien?

Cel. Tú quieres bien?

Bel. Yo.

Cel. Tú? *Bel.* Sí:
ya cesarán mis rigores.

Cel. Veré primero sembrado
de estrellas del cielo el prado,
y el cielo de yerba y flores,
y trocando el natural
efecto, veré tambien
á la envidia decir bien,
y á la virtud hablar mal:
veré a ciencia premiada,
y á la ignorancia abatida,
que es la verdad bien oida,
y que la lisonja enfada,
y el imposible mayor
dar honra al que está sin ella,
que crea, Belisa bella,
que puedes tener amor.

Bel. Una tarde (quando el sol
dicen que en el mar se esconde,
y se le ponen delante
las cabezas de los montes,
quando por aquella raya,
que con varios tornasoles
divide el cielo y la tierra,
y los dias y las noches,
nubes de púrpura y oro
van usurpando colores
á las plumas de los ayres
y á las ramas de los bosques)
iba sola con Finea,
amiga Celia, en mi coche,
tan sol de mi libertad,
quanto luego fuí faetonte,
que nunca verás tan altas
las soberbias presunciones,
que no las fulminen rayos
como á las soberbias torres.
Era en la parte del prado,
que igualmente corresponde
á esa fuente castellana,
por la claridad del nombre,
que tambien hay fuentes cultas,
que aunque obscuras, al fin corren
como versos y abanillos,
quiera el cielo que se logren.
Iba Finea cantando
en gracia de mis blasones
finezas del Conde Enrique
(que ya conoces al Conde,
y á sus papeles escritos,
para que, quando me toque,
como papel de alfileres,
tenga papeles de amores)
ya mis locas bizzarrias,
desprecios y disfavores;
como si hubiera nacido
de las entrañas de un roble;
quando veo un caballero
con el semblante conforme
al suceso que esperaba;
volvió la cara, y paróse
á escuchar quien le seguia:
pero con pocas razones,
desnudando las espadas,
los ferreruelos descogen.

El que digo, el pie delante
 con el contrario afirmóse,
 gala y valor, que en mi vida
 ví hombre tan gentil hombre:
 no era el otro ménos diestro;
 no te parezca desorden,
 que siendo muger te cuente
 lo que es bien que ellas ignoren;
 que aunque aguja y almohadilla
 son nuestras mallas y estoques,
 mugeres celebra el mundo,
 que han gobernado esquadrones:
 Semiramis y Cleopatra
 Poetas é Historiadores
 celebran, y fué Tomiris
 famosa por todo el orbe.
 No has visto quando dos juegan,
 que sin conocerse escoge,
 uno de los dos, quien mira,
 sin que el provecho le importe,
 y quiere que el otro pierda,
 sin saber que esto se obre
 por conformidad de estrellas,
 que infunden inclinaciones?
 Pues de esa suerte mi alma
 súbitamente se pone
 al lado del que juzgaba
 por mas galan y mas noble.
 Alzó el contrario de tajo,
 á quien mi ahijado embebióle
 una punta, con que dió
 en tierra; mas levantóse
 presto, porque despues supelido
 que traia un peto doble
 de Milan, labrado á prueba
 del plomo, que muros rompe.
 Acudieron á este punto,
 tirándole varios golpes,
 tres hombres á mi galan,
 cosa indigna de Españoles.
 Pero dicen entre amigos,
 que el enemigo perdona,
 que solo es vil el que huye,
 y valiente el que socorre.
 Con razon ó sin razon
 salto de mi coche entónces,
 quito la espada al cochero,
 que arrimado á los frisonés

miraba á pie la pendencia,
 todo tabaco y vigotes,
 como si estuviera el necio
 de la plaza en los balcones,
 y el Conde de Cantillana
 acuchillando leones:
 y partiendo al caballero,
 me pongo de Rodamantes
 á su lado, cosa estraña!
 en fin hombres de la Corte,
 pues se volviéron humildes,
 los que llegaron feroces.
 Agradecido el galan
 de dos tan nuevas acciones,
 comenzó á hablarme, y no pudo,
 porque de léjos dan voces,
 que la justicia venia,
 que no hay Santelmo en el tope
 despues de la tempestad,
 que como una vara asome.
 Díxele, en mi coche entrad,
 que si los caballos corren,
 porque estos no son de aquellos
 que repiten para cofres,
 presto estaremos en salvo.
 Entró el galan, y sentóse
 en la proa, y yo en la popa,
 como campos fronte á fronte.
 Viendo que nadie venia,
 templó el cochero el galope,
 y en la fuente castellana
 para descansar, paróse.
 Yo siempre que voy al prado
 llevo un bucaro, tomóle
 el cochero, y diónos agua;
 díle yo una alcorza, y dióme
 las grácias en un requiebro,
 que la mano agradecióle.
 Con esto le persuadí
 á que dexando favores,
 me contase la ocasion
 de la pendencia, que sobre
 cosas de amor sospechaba,
 que hay profetas corazones,
 pues antes que la dixese,
 zelos me daban temores,
 que el que ha de matarla, sabe
 la garza entre milalcones.

En fin, dixo de esta suerte:
 ahora á escucharme ponte,
 para que como él á mí,
 de mi desdicha te informe.
 Yo soy Don Juan de Cardona,
 hijo del señor Don Jorge
 de Cardona, Aragones,
 y Doña Juana de Aponte:
 nací segundo en mi casa,
 y así, mi padre envióme
 á Flandes, donde he servido
 desde los años catorce
 hasta la edad en que estoy:
 volviéron informaciones
 de mis servicios, y cartas
 de aquel angel, que coronen
 los cielos, Infanta de Austria,
 de divinos resplandores,
 tia del Rey, que Dios guarde.
 Pretendí luego en la Corte
 á guisa de otros soldados:
 pero entre otras pretensiones
 de un hábito, ví una tarde
 con otro de chamelote
 un serafin de marfil
 con toda el alma de bronce:
 quedé sin ella, seguía,
 servíla, y agradeciómela
 la voluntad, retirando
 todo lo que no es amores:
 gasté, empobrecí; mi padre
 enojado descuidóse
 de mi socorro; y Lucinda,
 que este es desta dama el nombre,
 desdeñosa á puros zelos
 me mata viéndome pobre;
 que no hay finezas que obliguen,
 ni lágrimas que enamoren.
 Quando esto dixo, quisiera
 sacar los ojos traidores,
 que por otra habian llorado;
 mirad qué envidia tan torpe:
 prosiguió, que la pendencia
 fué por ser competidores
 él y el galán, porque teme
 que si la obligue, la goce.
 Finalmente, pára el caso
 en tantas lamentaciones,

que sin saber por qué causa,
 quise arrojarle del coche;
 él llorando, y yo sin alma
 llegamos casi á las once
 á mi posada, roguéle
 que me viese, y respondiome,
 que seria esclavo mio,
 con mil tiernas sumisiones,
 y despedido é ingrato
 á ver su dama partióse.
 Quedé tan necia, que apenas
 sé por qué, cómo, ni dónde
 amo, envidio, y con los zelos
 temo que loca me torne,
 porque pienso que es castigo
 de aquellos tiranos dioses
 Venus y Amor, de quien hice
 burla, y los llamé embaidores.
 Troqué las galas en luto,
 la libertad en prisiones,
 la bizarria en descuidos,
 y en humildad los rigores.
 Ni voy al prado, ni al rio,
 no hay cosa que no me enoje,
 á la música soy áspid,
 veneno á fuentes y flores,
 soy, no soy, vivo, no vivo,
 y entre tantas confusiones,
 ni sé dónde he puesto el alma,
 ni ella misma me conoce.

Cel. Es suceso tan extraño,
 que á no ser tuyo, no fuera
 posible que le creyera:
 pagas justamente el daño
 que has hecho á tantos, ingrata:
 locura debe de ser
 querer, quien otra muger
 dexa, aborrece y maltrata:
 pero de tu entendimiento
 la mayor locura ha sido,
 Belisa, no haber querido
 divertir el pensamiento.
 Ya no vas, como solias,
 al prado, ni al soto?

Bel. No,
 que mas me entretengo yo,
 Celia, en las tristezas mías;
 que en el lugar mas remoto

con mayor descanso estamos.

Cel. Así vivas, que salgamos estas mañanas al soto.

Bel. Si va á decir la verdad (que encubrirla no es razon, ni á mi justa obligacion, ni á tu segura amistad:) con la ocasion de este mes, de tantas damas paseo, salgo al campo, á ver si veo quien me ha de matar despues: mas ni en sotos, ni en retiros le he visto, ni él vuelve á verme.

Cel. Como en otros brazos duerme, no despierta á tus suspiros: pero salgamos mañana, que en mi buena dicha espero hallar ese caballero, que tengo por cosa llana, que si le vuelves á ver, y mas despacio mirar, no solo no le has de amar, pero le has de aborrecer, que muchas cosas agradan miradas súbitamente, mas pasa aquel accidente, y vistas despacio enfadan.

Bel. Ay, Celia, yo quiero darte crédito, y seguir tu voto: disfrazada voy al soto.

Cel. Y yo quiero acompañarte.

Bel. No ha de salir el aurora quando estás aquí.

Cel. Si haré.

Bel. Dar á tus consejos fe mis esperanzas mejora, porque de la luna el velo mirado con atencion descubre manchas, que son indignas de tanto cielo. *vanse.*

Salen Don Juan de Cardona, y Tello criado.

Juan. Tello, el amor no gusta de consejos, y mas del inferior.

Tello. Qué mayor prueba de que el amor es loco

sin los consejos de la vida espejos? *Juan.* Y para el ciego amor es cosa nueva

tener la vida, y aun el alma en poco. *Tello.* Quien tiene vista, al que le falta guia, que si entrambos son ciegos, van perdidos:

quando tu amor, Lucinda, agradecia estaban disculpados tus sentidos: pero ahora que quiere bien á Octavio es infamia de amor sufrir su agravio, sino buscar remedio.

Juan. Qué remedio?

Tello. Poner otros amores de por medio, que así se curan quantos han querido, porque otro amor es el mas breve olvido.

Juan. Con qué dinero, necio?

Tello. No todos los amores tienen precio, méritos tienes, ama, ha de faltar una mostrenca dama que te quiera por gusto?

Juan. Majadero, amores en la Corte sin dinero, y mas ahora que tan caro es todo?

Tello. Pues yo no sé otro modo, ni hay Médico en el mundo, que tomando

el pulso á un amador aborrecido, no le recete otra muger.

Juan. Si quando voy á buscar de tanto amor olvido, se me pone delante la hermosura de Lucinda, podré yo por ventura decir amores á otra cara?

Tello. Bueno, una purga es veneno, y por tener salud la toma un hombre.

Juan. Tello, ya no hay muger que no me asombre.

Tello. Alexandro lloraba, porque habia

un mundo solo, que con uno solo
dixo que no podia
con tanta tierra y mar de polo á
polo
satisfacer su pecho;
tú lo contrario has hecho,
que sola una muger en Madrid
quieres,
habiendo treinta mundos de mu-
geres,
morenas, pelirubias, gordas, flacas,
unas mudas de lengua, otras ur-
racas,
discretas, mentecatas, bachilleras,
ayrosas en las burlas y en las veras:
hay euanas, hay largas como
trampa,
unas con pie de Apóstol consoladas
del ponleví, que imprime poca es-
trampa,
y otras, que en vez pudieran de
arracadas
traer las zapatillas;
hay lazaras mugeres de amarillas,
que salen del sepulcro de las camas,
y otras, que de clavel parecen ramas;
hay romas, hay pioquintas,
unas que se contentan con dos
cintas,
y otras como tarascas de dineros,
que engullen mayorazgos por som-
breros;
unas piadosas, y otras socarronas,
tales severas, tales juguetonas;
unas mudables por andar mas
frescas,
y otras firmes de amor, como Tu-
descas:
pero en siendo mugeres, sean mo-
renas,
sean blancas ó no, todas son buenas.
Juan. Qué pintura tan necia!
Tello. Pues yo, señor, qué he dicho
de Lucrecia
la casta, y en camisa,
de Porcia y Artemisa,
una avestruz de hierros encendidos,
y otra sepultura de maridos?

Juan. Ay puerta! ay dulces rejas!
á Lucinda llevad mis tristes quejas.

Tello. Pues ya que llegas, llama.

Juan. Aun llegar á llamar teme quien
ama.

En la reja Fabia, criada.

Fab. Quién llama? quién está ahí?

Juan. Dile, Fabia, á tu señora,
que estoy aquí.

Fab. No es ahora
tiempo de llamar así.

Juan. Por qué razon?

Fab. Porque está
desnudándose.

Juan. Tan presto?

Fab. No fuera término honesto
abriros la puerta ya:
id con Dios, D. Juan, que habemos
de madrugar, para ir
al soto.

Juan. Qué vengo á oír
tal crueldad!

Tello. No hagas extremos:
mira que en la calle estás.

Juan. Fabia, Fabia, espera.

Fab. Espero,
qué quereis?

Juan. Dí que la quiero
una palabra no mas.

Fab. Bueno, en comenzando á hablar
tanto vendrás á empeñarte,
que venga el sol á rogarte
que la dexes acostar.

Juan. Abre, Fabia.

Fab. Qué locura!
Sale á la reja Lucinda.

Luc. Con quién hablas?

Fab. Con Don Juan
de Cardona.

Luc. Y qué diran
de tanta descompostura
en la peor vecindad
que tiene calle en Madrid?

Juan. Lucinda hermosa, advertid
que es linage de crueldad
indigno de un caballero
como yo tratarme así.

Luc. Lo que Fabia os dixo aquí,

daros por disculpa quiero,
porque habiendo de salir
del alva al primer albor,
no será razon, señor,
que no me dexeis dormir:
el afeite natural
en el buen sueño reposa,
que no se levanta hermosa,
muger que ha dormido mal:
id con Dios, y presumid
que os amo y tengo respeto.

Juan. Que yo me fuera, os prometo,
señora; pero advertid
que ver á Fabia turbada
tan necios zelos me ha dado,
que pienso que lo ha causado
el estar vos ocupada:
abrid, que con solo entrar
luego me vuelvo á salir.

Luc. Esta no es hora de abrir,
ni de dar que murmurar;
que hay vecina tan liviana,
que para escuchar despierta,
apénas oye la puerta,
quando ocupa la ventana:
hacedme esta cortesía
de que os vais.

Juan. Es imposible
sin entrar.

Luc. Ya estais terrible!

Juan. Amor, Lucinda, porfia,
que le lleve á vuestra sala
solo á dexar estos zelos.

Luc. Ponerme en tantos desvelos,
ni es cortesía, ni es gala:
id con Dios, que puede ser
que os resulte algun pesar.

Juan. Pues vive Dios, que he de
entrar,
y que lo tengo de ver.

Luc. Golpes á mi puerta?

Juan. Y coces
hasta ponerla en el suelo.

*Salen Octavio y Julio con broqueles
y espadas.*

Oct. A tanta descortesía,
y á tan loco atrevimiento,

saldrá el honor desta casa
á castigar vuestros zelos:
la puerta está abierta, entrad.

Juan. No era sin causa el tenerlos:
vuestas mercedes me digan
si son he manos ú deudos
desta dama, ú son galanes?

Oct. Pues que no quiere entrar dentro,
donde supiera quién somos,
á fuera se lo diremos.

Juan. Salgan, y sabrán tambien
con los zelos, ó sin ellos,
que soy Don Juan de Cardona.

Tello. Y yo Tello su escudero.

Luc. Hay, Fabia, qué haré?

Fab. Acóstarte,
y dense.

Luc. Sin alma quedo.

Juan. Aquí, Tello.

Tello. Vengan otros,
que estos ya huelen á muertos. *va.*

*Salen el Conde Enrique y Fer-
nando, criado.*

Cond. Bravo Mayo.

Fern. No permite
distancia sin flor al suelo.

Cond. Con las estrellas del cielo
en el número compite.

Fern. Crecido va Manzanares.

Cond. Imita al que ruin nació,
que quando crecer se vió,
despreció los patrios lares;
que al humilde nacimiento
sucede como á este río,
que descubre en el estío
su arenoso fundamento:
ó bien haya aquel discreto
que quando se mejoró
de fortuna, se quedó
con aquel mismo sugeto:
no disminuye el valor,
ántes muestra en parte alguna
quien desprecia la fortuna,
que la merece mayor.
Muchos conozco yo aquí
tan discretos en su estado,
que todo lo que han mudado,

es lo que hay fuera de sí.
 Pero esto aparte dexando,
 y viniendo al desatino
 con que aquel desden divino
 me quiere matar Fernando;
 cómo no ha venido á ser
 de aquestos campos aurora,
 que ya dice el sol, que es hora
 de salir, y amanecer?

Fern. Estaráse componiendo
 de galas y bizarrías,
 con que estos festivos días
 sale de aurora riendo,
 y en este verde teatro
 hace la madre de amor.

Cond. Yo, que adoro su rigor,
 y su desden idolatro,
 conjuraré su donayre,
 para que venga.

Fern. Ya espero
 que te obedezca ligero
 su espíritu por el ayre.

Cond. Ponte el sombrero, Belisa,
 pluma blanca y randas negras,
 aunque no ha menester plumas
 quien en tales pies las lleva.

Ponte al espejo, y retrata
 en su cristal tu belleza,
 para que tengas envidia
 de que nadie te parezca.

Que tú sola de tí misma
 puedes trasladar las señas,
 formando tú y el cristal
 otra mentira tan bella.

Mira que te aguarda el soto,
 y que en su verde alameda
 aun no han cantado las aves,
 por esperar que amanezcas.

Peñate el pelo á lo llano,
 y no le rices en trenzas,
 que si te ven la jaulilla,
 harás que las aves teman.

Mira que rosas y lirios
 para salir á la selva,
 no rompen la verde cárcel,
 hasta que les des licencia.

Sarta de cuentas de vidrio
 vanda de tu cuello sea,

porque quando te la quites
 quede convertida en perlas.
 Con las flordelises de oro
 ponte la verde pollera,
 pues que son pueblos en Francia
 mi esperanza y tus defensas.

Para que la cuesta baxes
 á tus chinelas acuerda,
 que hay muchos ojos que suben,
 quando se baxan las cuestas.

Ponte en la cabeza rosas,
 y en los zapatos rosetas,
 de manera que en los pies
 y en la cabeza se vean.

Aunque yo tengo mas zelos
 del pie, que de la cabeza,
 que aunque toda vas florida,
 no á lo ménos toda honesta.

Ven á matar de mañana,
 aunque el amor forme quejas,
 que esté durmiendo el aurora,
 y tú, Belisa, despierta.

Si alguno te dice amores,
 destos que de hablar se precian,
 dí que no vas á mirar,
 sino solo á que te vean.

Así, discreta Belisa,
 segura del soto vuelvas,
 que no te engañen los ojos
 esto que llaman guedejas.

Ponte el manto sevillano,
 no saques mas de una estrella,
 que no has menester mas armas,
 ni el amor gastar sus flechas.

Mas ayrosa vas tapada,
 y al fin con ménos sospecha,
 que matando quando miras,
 te conozcan, y te prendan.

Bien puedes salir, que ya
 los ruseñores comienzan
 á ser campanas del alva,
 para que la tuya venga.

Fern. Quedo, no conjures mas.

Cond. Por qué?

Fern. Porque ya se acerca.

Cond. O conjuros amorosos,
 divina teneis la fuerza.

Sale Belisa con la mayor gala de color que pueda, manto y sombrero de plumas, y Finea de la misma suerte.

Bel. A dónde Celia quedó?

Fin. Con unas amigas queda sentada orilla del río.

Bel. Como no tiene mis penas, cansóse de verme andar buscando la causa dellas. Mucho es, que aquestas mañanas Don Juan al soto no venga.

Fin. Tendrále preso Lucinda.

Bel. Cómo? si Don Juan se queja de sus desdenes y engaños.

Fin. Qué bien sus zelos consuelas!

Bel. Ay, Finea! el Conde.

Fin. Amor

hoy quiere que coger puedas en el soto de Madrid los azaares de Valencia.

Cond. Ya es tarde, Belisa ingrata, para encubriros de mí, que dentro del alma os vís, en cuyo espejo os retrata: ya que los campos de plata la dorada aurora pisa, no envidien su dulce risa las aves, fuentes y flores, quando con mas resplandores sale á los nuestros Belisa. Y aunque con sola una estrella podeis dar luz, no es razon, que esconda el manto á traicion, la que ha venido con ella: descubrid, Belisa bella, la que venis ocultando, mátenme entrambas, que quando es tan cierta la victoria, bien es que partan la gloria de haberme muerto mirando. La mayor honestidad, que fué de la villa espejo, le debe al campo el despejo de su verde soledad: descubrid, mirad, matad, que es cruel razon de estado mostrar con el desenfado

de que amor se maravilla, bizarrías en la villa, y desdenes en el Prado.

Bel. No por veros me encubrí, quando me alegré de veros.

Cond. Gracias al amor, y al campo en que mas humana os veo: quereis escucharme?

Bel. Sí, que tan cortés caballero no dirá cosa en mi agravio.

Cond. Oid.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. No descubro, Tello, en todo el soto á Lucinda, y en su casa nos dixéron, que habia salido al campo.

Tello. Que nos engañaron temo, que esto de enviar al soto siempre ha sido mal agüero.

Juan. No estará, Tello, Lucinda con Octavio por lo ménos.

Tello. Bravo reves le pegaste.

Juan. Como le sentí en el pecho defensa, tiré por alto.

Tello. Si no llega gente, creo que en Enero vuelvo á Julio, tiréle un tajo, y abriendo el broquel, subió tan alto por esos ayres el medio, que apartadas las estrellas pienso que no estuvo un dedo de descalabrar la luna.

Juan. Vengué con sangre mis zelos, mas mira, por Dios, si ves á Lucinda.

Tello. Preguntemos por ella. *Juan.* A quién?

Tello. A este soto ejército de conejos. Diga, señor Manzanares, saca-manchas de secretos, á quien debe su limpieza la informacion de los cuerpos: el que lava en el verano lo que se pecó el invierno, cuya espuma es de xabon, cuyas orillas de lienzo,

B

ha visto vuesa merced
 una muger de buen gesto,
 muy enemiga de amores,
 muy amiga de dineros,
 que desde pobres acá
 la perdió Don Juan por serlo,
 y con ella una criada,
 centella de aqueste fuego,
 que le hurta los borradores,
 como los Poetas versos?
 Habla el rio: esa muger,
 que habeis perdido, escudero,
 está en casa con Octavio
 almorzando unos torreznos,
 con sus duelos y quebrantos;
 tal me vinieran los duelos.
 De qué lo sabeis, buen rio?
 De que estoy en su aposento
 en un cántaro, que al rostro
 le doy el primer bosquejo.
 Oyes lo que dice el rio?

Juan. Oigo que vienes muy necio.

Fin. Señora, señora, escucha.

Bel. Qué quieres?

Fin. Don Juan y Tello
 estan junto á aquellos olmos.

Bel. Señor Conde, yo me atrevo,
 en fe de vuestro valor,
 que me aguardéis un momento
 junto á aquel coche, entretanto
 que con aquel caballero
 hablo dos palabras solas.

Cond. Si siendo zeloso puedo
 ser cortés, iré forzando
 mi paciencia, á obedeceros;
 pero sufrir que un galan,
 Belisa, os diga requiebros,
 mas viene á ser baxo estilo,
 que amoroso sufrimiento.

Bel. No es galan, aunque lo es,
 y así no hay de que ofenderos,
 pues el nombre de marido
 siempre mereció respeto:
 de Aragon viene á casarse
 conmigo, que os vais os ruego,
 que no es de cobarde amante
 en público ni en secreto,
 para no perder la dama,

dexar el campo á su dueño.
Cond. Qué, estais casada?

Bel. No sé,
 esto han tratado mis deudos.

Cond. Por cierto que él es galan!

Bel. No os parece que me empleo
 justamente en él?

Cond. Despues
 os responderán mis zelos. *Vase.*

Bel. Señor Don Juan, los soldados
 y caballeros, tan presto
 olvidan obligaciones?

Juan. Señora mia, no pienso
 que os ha ofendido mi olvido,
 falta sí de atrevimiento:
 dos mil veces he querido,
 obligado á lo que os debo,
 ir á besaros la mano,
 y á resolverme no acierto.
 Qué buena ventura mia,
 pues la he tenido de veros,
 que esta mañana me traxo
 donde tan hermosa os veo!
 qué bizarra! qué gallarda!
 qué talle! qué lindo aseo!
 qué jardin se debe á Mayo?
 Quándo Abril se fué lloviendo
 tantas rosas, tantas flores?
 Qué ayrosamente el sombrero
 (coronel de vuestros ojos,
 timbre de vuestros cabellos)
 os hace Marte del soto
 belicosamente Venus,
 para matar, y dar vida
 á los mismos que habeis muerto!

Bel. Lisonjas despues de olvidos?
 despues de agravios, requiebros?
 guardadlos para Lucinda:
 despues de ingrato, discreto?
 no, señor Don Juan, vos sois
 Cardona? vos caballero
 de Aragon? No hay mas disculpa,
 que decir quiero, y no tengo
 de perdido por Lucinda?
 Cómo os va con ella? hay zelos?
 hay desdenes? hay galanes?
 ya se deben de haber hecho
 las amistades, hablad:

de qué os suspendeis?

Juan. No puedo
deciros de mis desdichas
mas de que loco amanezco
en su calle, donde el sol
me dexa, quando por cercos
de oro en el mar de occidente
argenta el rubio cabello,
hasta que peyna el del alva
con los rayos de su eterno
curso, ilustrando los ayres,
dorando el verde elemento,
qual suele por verde selva
zeloso novillo huyendo
de su contrario, en los troncos
romper la furia soberbio,
temblar las ramas, sonando
por varias partes los ecos,
cubrir de polvo las nubes
arañando el seco suelo:
así yo la calle asombro,
para mí selva de fuego,
rompiendo á las duras rejas
con mis suspiros los hierros.

Bel. Qué linda comparacion!
qué bien aplicado exemplo!
qué bien pintado novillo!
qué amanecer! qué concepto!
Sois Poeta?

Juan. Quién, señora,
no ha hecho malos ó buenos
versos amando, que amor
fué el inventor de los versos?

Bel. En lo tierno se os conoce:
quereis hacerme un soneto
á una muger que castiga
la fortuna, amor y el tiempo?
la fortuna por soberbia,
por venganza el amor ciego,
y el tiempo con derribar
sus bizarros pensamientos;
tan necia, que quiere á un hombre,
despues de tantos desprecios,
que está abrasado por otra.

Juan. De componerle os prometo;
pero advertid, que no soy
culto, que mi corto ingenio
en darse á entender estudia.

Tello. Ninfa del sombrero al sesgo,
quiere veinte y dos palabras?

Fin. Quite veinte, y diga presto.

Tello. No sois vos de mala casta:
yo soy un mozo moreno,
natural de Calahorra;
ya he dicho las dos, si tengo
de hablar mas, prorogue el pacto.

Fin. Por no estorbar nuestros dueños,
llegue cerca, y diga.

Tello. Digo.

*Salen Lucinda con sombrero de
plumas, y Fabia.*

Luc. Ya te he dicho lo que siento.

Fab. Pues cómo, si quieres bien
á Don Juan, le estás haciendo
tiros con Octavio, á un hombre
que te adora?

Luc. Porque espero
á puros zelos rendirle,
de manera que troquemos,
la esperanza en posesion,
y el amor en casamiento.

Fab. Por mal le quieres llevar?

Luc. Reducido á tal extremo
él se casará conmigo.

Fab. Por bien no es mejor consejo?

Luc. Ay, Fabia, aquí está D. Juan!

Fab. Y no está ocioso á lo ménos.

Luc. Gentil muger! bravo talle!
hasta el socarron de Tello
tiene su poco de dama.

Juan. Si habeis tenido deseo
de conocer á Lucinda,
ahora vereis si tengo
buen gusto.

Bel. Es esta?

Juan. No veis
en la mudanza que han hecho
mis ojos, que quiere el alma
salir á verla por ellos?

Bel. Vos estais bien empleado,
con tanto, con ella os dexo.

Juan. Antes no, que quiero yo
probar tambien á dar zelos.

Bel. De eso tengo de servir?

Juan. Ya que por mi amparo os tengo,

suplícicos, pues no os importa,
que entre los dos la matemos.

Bel. Ahora bien, va de matar:
qué es esto que intento? ay cielos!
estoy loca? soy quién fui?
quién en tanto mal me ha puesto?

Luc. Suplico á vuesa merced,
mi reyna, la del sombrero
blanco, que por otra tal
me preste ese caballero,
(que si le ha menester mucho,
y ha sido galan al vuelo
para hablarle dos palabras)
que le volveré tan luego,
que apenas sienta su falta.

Bel. Ninfa del sombrero negro,
y los guantes de achiote,
no entra bien con el pie izquierdo,
si viene á tomar la espada,
porque es terminillo nuevo
pedir el galan prestado:
pero que sepa le advierto,
que soy como amigo ruin,
que ni convido, ni presto:
voy bien?

Juan. Extremadamente:
decidle mas.

Bel. El despejo
con que me pide el galan,
que es alma de aqueste pecho!
quereis mas?

Juan. Matadla, muera.

Luc. Ay, Fabia, que estoy muriendo!

Bel. Pero sobre qué le pide?
quizá nos concertaremos
á manera de mohatra,
con prendas, rivete y tiempo,
porque no hay diamantes chinos,
oro en Tibar, ni en el cerro
de Potosí plata, ni ambar
en la Florida, por...

Luc. Quedo,
no pase de por...

Bel. Por qué?

Luc. Porque si es amor mohatrero,
no tengo mas prendas yo,
que palabras, juramentos,
papeles, firmas, engaños.

Bel. No hacemos nada con eso,
vuesa merced se ha engañado,
que este galan me le llevo
como mi marido acaso.

Luc. Marido?

Bel. Lo que le cuento.

Luc. Jesus!

Bel. Si ha de desmayarse
del susto deste suceso,
acerquese mas al rio,
dama, porque caiga dentro.
Dadme la mano, mis ojos.

Juan. Y el alma es poco.

Luc. No quiero
verlos ir; vámonos, Fabia:
esto llaman amor? fuego. *vase.*

Juan. O qué bien me habeis vengado!

Bel. Ay cielos! de mí me vengo.

Juan. Muriendo voy por Lucinda.

Bel. Y yo abrasada de zelos. *vans. las 2.*

Tello. Dame tú tambien la mano.

Fin. Tiénesla lavada?

Tello. Pienso
que ayer hizo tres semanas:
Tu nombre?

Fin. Finea.

Tello. Bueno,
Fineza te he de llamar.

Fin. Y el tuyo?

Tello. Tello.

Fin. Si es Tello
de Meneses, comerás
muchas tortillas de huevos.

Tello. Mejor estas manecitas
como yo fritas en ellos.

Fin. Ay qué Tello!

Tello. Ay qué Finea!
ay qué niña de los cielos!

Fin. Ay qué socarron!

Tello. De quién?

Fin. De quién dices? del infierno.

Tello. Dame un favor.

Fin. Tuya soy.

Tello. Qué barbita!

Fin. Qué moreno!

JORNADA SEGUNDA,

Sale Belisa con diferente vestido del que llevó al campo.

Bel. Temerario pensamiento,
que teniendo el mundo en poco,
junto á la luna á ser loco
sobre las alas del viento
colocastes vuestro asiento:
qué desdicha, qué cuidado
hoy os ha puesto en estado,
que habeis tan hermosas plumas
entre las blancas espumas
del mar de amor sepultado?
Sale vestida la nave
de jarcias y de vanderas
con las velas tan ligeras,
que el viento piensa que es ave;
mas el de popa suave
vuelve con fácil mudanza
en uracan la bonanza,
porque no pueda ninguna
del rigor de la fortuna
asegurar la esperanza.
Florece un árbol temprano,
quando el ruiñeñor suspira,
la primavera le mira
llena de flores la mano:
mas llega el hielo tirano,
y con intensos rigores
los pimpollos y colores
cubre de tristeza y luto,
porque hasta tener el fruto,
no estan seguras las flores.
Por mas que en el nido esconda
el ave sus paxarillos,
como los fuertes castillos
con su cava, muro y ronda,
dispara el pastor la honda,
y con violencia importuna,
sin dexar pluma ninguna,
le arroja piedra villana,
que no hay resistencia humana
al golpe de la fortuna.
Nave en el mar parecia
mi libertad en amor,
árbol vestido de flor

13
mi locura y bizzarria,
nido que el ave texia
era mi seguro olvido,
mas vino amor atrevido,
y con el galan Cardona
puso al pie de su corona
la nave, el árbol y el nido.
Vencedor destes despojos
me mata sin ser culpado,
que no sabe mi cuidado,
aunque le dicen mis ojos
con amorosos enojos:
soy mariposa en llegarme
á la llama, y retirarme,
y tanto amor me desvela,
que doy tornos á la vela,
y no acabo de quemarme.

Sale Finea.

Fin. Sin quitarme el manto vengo,
por darte presto el recado.

Bel. De prisa, será desdicha,
que nunca viene despacio.

Fin. Hallé la casa (que fué
en Madrid nuevo milagro,
que no sabe del segundo,
quien vive el primero quarto)
dile el papel, abrazóme,
dióme este doblon de á quatro.

Bel. Oro tiene?

Fin. Por qué no?

Bel. Que no se le dió me espanto
á la señora Lucinda:
muestra.

Fin. Toma.

Bel. Yo le guardo,
por ser la primera prenda
que tengo suya.

Fin. Es cuidado,
que te perdonára yo;
y prenda que él no te ha dado,
no merece estimacion.

Bel. Por él, Finea, te mando
un hábito de picote.

Fin. No, sino el tuyo de raso.

Bel. Soy contenta: dime ahora,
qué respondió?

Fin. En tono baxo
leyó, y dixo: Linda letra!

Bel. No dixo nada á la mano?

Fin. No á fe.

Bel. No era de Lucinda.

Fin. Llamó á Tello, y el picaño á tres olas respondió, que estaba hablando en el patio, pidió la capa y la espada, y díxome: luego parto á ver qué manda aquel ángel.

Bel. Ángel dixo? ese es engaño.

Fin. Es verdad que lo añadí por aquello de la mano, que la lisonja es la fruta, que mas se sirve en palacio; y en tí un ángel mas ó ménos no es lisonja, habiendo tantos.

Bel. En cuerpo estaba en efecto?

Fin. Un gavancillo leonado tenia untado con oro.

Bel. Con gavan? es cierto caso, que tendria vigotera.

Fin. No la nombres, que me espanto de ver los hombres con ella, y hay muchos tan confiados, que á la ventana se ponen, que es como asomarse un macho; mientras tiene vigotera un hombre ha de estar cerrado en un sótano.

Bel. Si es de ambar con cairel de oro, no es malo, y quitada importa poco.

Fin. Siempre pienso, que asomando la boca por entre el cuero me coca algun mono zambo.

Bel. Hubo montera?

Fin. El cabello sirve á los mozos este año de montera y papahigo.

Bel. Bien parecen aseados: ahora bien, va de aposento: hay gran pobreza?

Fin. Un soldado qué ha de tener? las paredes vestian quatro retratos, uno del Rey, que Dios guarde, y otro de Lucinda al lado.

Bel. Y no tuvo celos?

Fin. Cómo?

Bel. No ves, necia, que hace caso la imaginacion, y celos son hombres imaginados: y de quién eran los otros?

Fin. El uno de Don Gonzalo de Córdova su pariente, que en los países y estados de Flandes, me dixo Tello, que anduvo con él.

Bel. Aguardo el vestido de la noche.

Fin. La cama dices? de raso de la China un pavellon; lo limpio no sé pintarlo, que un tafetan lo cubria: lo demas, baules, trastos de casa, ajuar de mozos, libros, guitarra, ante, casco, y un broquel en un rincón.

Bel. Sin duda viene, habla paso.

Fin. En qué lo ves?

Bel. En el alma, que me lo ha dicho temblando.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. Puedo yo penetrar su entendimiento?

no ves que fuera necia diligencia?

Tello. Sí, pero en su presencia estar como novicio de Convento, que no ve tierra mas de la que pisa?

Juan. Tello, yo bien presumo que Belisa

me tiene voluntad, pero en efeto en esto solo quiero ser discreto, no siendo confiado, demas que no es amor haberme honrado

con hacerme merced, y si lo fuera, no llegaría Belisa á ser tercera de los amores de Lucinda.

Tello. Mira

que se suele cubrir una mentira con capa de verdad, y el que se llama galan, no ha de aguardar á que la dama

le requiebre primero.

Iba un Frayle devoto caballero,
y quando tanta espuela le metia
á la mula decia:

arre por caridad, hermana mula.

Juan. Belisa nos escucha, disimula.

Bel. Señor Don Juan, sin verme tantos dias?

qué es esto? ingratamente lo habeis hecho,

trocamos vos y yo las bizzarrías.

Juan. Estoy de vuestra gracia satisfecho,

pero por no cansaros

me habrá de suceder desobligaros.

Bel. Señor Don Juan, á cierta dama un dia

presentó un papagayo un caballero,
diciéndole, que todo lo sabia,

sino era hablar; lo mismo considero:
vos sois galan, discreto y entendido,

apacible, valiente y bien nacido,
modesto, ayroso, atento y de buen

trato,
y solo os falta hablar, por ser ingrato;

y tú, Tello, tambien.

Fin. Qual es el dueño,

tal el criado.

Tello. A fe de Calahorreño.

que estoy sin culpa yo, que solo he sido

lechón de aqueste pródigo perdido,
eco de aquesta voz: parte el Cardona,

verás que soy la maza.

Juan. Y yo?

Tello. La mona.

Juan. Bueno por vos me pone.

Bel. Bien merece

vuesa merced que Tello así le trate.

Juan. Vuesa merced?

Tello. Yo soy un disparate.

Bel. No hay tan bravo león, que no

se rinda

á los divinos ojos de Lucinda,

qué tierno habrá llorado el buen

Cardona,

y qué habrá dicho allí de mi persona!

pintóme muy feísima? que cierto, se haria un ermitaño en un desierto, y tentacion á mí por lo del rio, y los zelos del soto.

Juan. Es desvario:

contaros todo lo que pasa quiero; diré verdad á fe de caballero Aragonés, y Córdoba y Cardona, y si mintiere, y esto no me abona, no vuelva yo á los ojos de mi padre.

Bel. Decid tambien de mi señora madre.

Juan. Despues, Belisa hermosa, que le distes

con tal gracia á Lucinda tales zelos en aquel soto, donde sol salistes, mas claro que el que adoran Delfo y Delos,

escribióme un papel con ansias tristes hasta en la letra, ó vengadores cielos! que en lágrimas envueltas y borrones

apénas se entendian las razones: fuí á verla, como allí me lo rogaba,

y halléla con la mano en la mexilla, que el cuerpo en el estrado reclinaba,

saludéla, llegué, tomé una silla: Lucinda (que la puerta me negaba,

ó castigo de amor, ó maravilla!) me dió su estrado, que en llegando

á estado tan baxo, amor, poco hay de estado á estrado.

Tomándome las manos, y bañando las de los dos con lágrimas, decia,

que me adoraba tiernamente, quando por obligarle amor, desden fingia.

Apénas, ó Belisa, ví llorando la que ser piedra para mí solia,

quando quedé como en la luz infusa

atlante del espejo de Medusa.

Declaróme secretos pensamientos de una razon de estado bachillera,

materias de obligar á casamientos, que yo escuché como si piedra fuera.

Salí despues de tantos sentimientos
tan desenamorado, que pudiera
vender olvido á la mayor constancia:
gran cosa levantarse con ganancia!

Qual suele labrador en noche obs-
cura

dormir en la campaña á cielo abierto,
y ver la luz del alva hermosa y
pura,

ó todo el sol de súbito despierto;
así salí de confusion tan dura
súbitamente, y desde el golfo al
puerto,

que despicado, en viéndome que-
rido,

su llanto risa fué, su amor olvido.

Ni la ví mas, ni la veré en mi vida,
como, duermo, paseo, y tiempo
tengo

para mi pretension, que de perdida
con verme libre, á restaurarla vengo,
no lágrimas, no mas traicion fingida;
á nuevo amor el corazon prevengo,
aunque quien resucita, nadie crea
que en volverse á morir discreto sea.

Bel. Notable historia!

Juan. Yo os digo
la verdad.

Bel. Cierto?

Juan. Tan cierto,
que en mi fué sueño despierto,
lo que en Lucinda castigo:
no mas Lucinda, ya es hecho,
á vuestros ojos lo juro;
algun divino conjuro
me la ha sacado del pecho.

Bel. Tello, es esto así?

Tello. No sé
que pueda no ser así?
porque esto pasa ante mí,
señora, de que doy fe:
ya cesó la devocion
de aquel su pasado arrobo,
porque come como un lobo,
y duerme como un liron;
quitósele la zelera,
y el amor.

Bel. Gracias á Dios.

Tello. Però enamorable vos
á lo divino, tercera:
dad sugeto á este galan
de vuestra mano.

Bel. Sí hiciera,
si alguna dama supiera
como la quiere Don Juan.

Tello. Una así como vos.

Bel. Yo,
Tello?

Tello. Así toda florida,
despejada, bien prendida.

Bel. Necia y lindísima no?

Tello. Mas quiero engaños, rigores,
iras y zelosas tretas
de las divinas discretas,
que de las necias favores.

Juan. Dexa, Tello, á su eleccion
la dama que quiere darme.

Bel. Quiero para asegurarme,
que esteis en aprobacion,
que hay amante, que enojado
sirve otro sugeto un mes,
y vuelve á echarse á sus pies
mas tierno y enamorado,
y aun busca satisfaccion
á su misma pesadumbre,
porque la mala costumbre
puede mas que la razon.

Juan. Si yo volviere á querer
á Lucinda, plega á Dios...

Bel. No jureis.

Juan. Pues dadme vos
por vuestro gusto muger,
que pueda amar y estimar,
y vereis lo que me obliga.

Bel. Yo conozco cierta amiga,
que de vos me suele hablar:
pero no, que me parece,
que os volvereis luego allá.

Tello. Apostaré que te dá,
segun la dama encarece,
alguna doña terrible.

Bel. Pues eso si la burlais,
que á Zaragoza volvais,
lo tengo por imposible.

Juan. Estando vos de por medio,
aunque sin mi gusto fuera,

con mil almas la quisiera.

Bel. Yo intento vuestro remedio,
y quiero que la veais,
mas primero que se rinda,
quantas prendas de Lucinda
teneis, guardais y adorais,
mayormente su retrato,
me habeis de dar.

Juan. Yo haré,
que las traiga Tello, en fe
de que ya le soy ingrato.

Bel. Y será cierto?

Juan. Pues no?

Bel. Cumplireislo todo así?

Juan. Digo mil veces que sí:
Mas quién es la dama?

Bel. Yo. *vase.*

Tello. Y tú no me quieres dar
una ninfa á quien querer?

Fin. Qué tiene que me volver
de Fabia, despues de estar
un año en aprobacion?

Tello. Toda alhaja fregonil
rendiré á tu pie gentil.

Fin. Hay retrato?

Tello. Un San Anton
para tener le pedí
en mi aposento.

Fin. Y qué no
verás mas á Fabia?

Tello. Yo?

Mas quién es la ninfa?

Fin. Mi. *vase.*

Tello. Qué sientes desto?

Juan. Estoy loco.

Tello. Ama, quiere aquí, porfia.

Juan. A tal gracia y bizzaria
darle mil almas es poco:
con qué gusto dixo, yo!

Tello. Y la picarilla, mi:
Vas enamorado?

Juan. Sí.

Tello. No ha de haber Lucinda?

Juan. No.

*Vanse, y salen el Conde, Fernando
y músicos.*

Cond. Ninguna cosa, Fernando,

me entretiene, estoy perdido.

Fern. Cómo has de hallar el olvido,
si estás siempre imaginando?

Cond. Como la imaginacion
es madre de los concetos,
olvidan mal los discretos,
que zelos conceptos son:
de aquí nace, que Poetas
son los mas enamorados,
imaginando engañados
á sus damas tan perfetas.

Fern. En tantas difiniciones
de amor nunca van hallando
la verdad?

Cond. No hay mas, Fernando,
que ser imaginaciones:
Belisa, en fin se ha casado?

Fern. El Cardona Aragonés
es gentilhombre.

Cond. Si es,
con qué mas zelos me ha dado.

Fern. El entra en su casa ya
con libertad de marido.

Cond. Bastante defensa ha sido,
segura Belisa está,
que á no ser marido, es cierto,
que no sufriera galan,
y ménos al tal Don Juan.
Cantad algo, que estoy muerto.

*Siéntese en una silla, y canten los
músicos.*

Mús. Antes que amanezca
sale Belisa,
quando llegue al soto
será de dia.

Cond. Quando ese estrivo escribí,
qué bizzarra la miré.

Cantad la copla, y haré
una Endecha para mí.

Mús. Mañanicas de Mayo
salen las damas,
con achaques de acero
las vidas matan,
no ha salido el alva,
y sale Belisa.
Quando, &c.

Salen Lucinda y Fabia.

Fab. Formáron tu pensamiento los zelos, que no el agravio.

Luc. Por estar herido Octavio nuevos engaños intento.

Fab. Aquí está el Conde.

Luc. Y qué triste está escuchando cantar.

Puede una muger entrar?

Fern. Nadie la entrada resiste á tal gracia y hermosura.

Señor, duermes?

Cond. Qué me quieres?

Fern. Que te buscan dos mugeres.

Cond. Es Belisa por ventura?

Luc. No soy sino la mayor enemiga desa dama;

Lucinda soy.

Cond. Por la fama conozco vuestro valor.

Luc. En fe del vuestro he venido á suplicaros.

Cond. Primero tomad una silla.

Luc. Hoy quiero satisfacer al oido de la verdad, que en ausencia tanto ha escuchado de vos.

Cond. Satisfaremos los dos la fama con la presencia. *Siéntanse.*

Luc. Esta natural pasion, generoso Conde Enrique, que contraria de la ira en nuestros pechos reside, siempre la he juzgado igual; y si decirse permite, ira y amor son lo mismo: porque como es imposible, que haya amor sin zelos, y ellos venganza de agravios piden, es fuerza que entre la ira adonde el amor la admite, como se vé por exemplos de esposos y amantes firmes, que matáron lo que amaban, por zelos, de que se sigue, que la ira y el amor no son diferentes fines,

aunque en principios contrarios: todo este prólogo sirve de que el amor y la ira me traen á que os suplique, que á mi remedio el valor de vuestra sangre os incline por la ofensa, que tambien de mis agravios recibe.

Vino Don Juan de Cardona, yo sé que una vez le vistes, de Zaragoza á la Corte, caballero de la insigne casa, que en sus armas pone plumas de pavon por timbre.

Un dia, que nuestro Rey corrió lanzas, nuevo Achíles, descuidada, y no de galas, á ver y ser vista vine: mirando pues con el brio que la espuela en sangre tiñe del bridon, que con las alas del viento las plumas mide: quando á la sortija atento el que á dos mundos asiste con solo un cetro, la lanza pasa de la cuja al ristre, y ayrosamente la lleva, veo, que el Don Juan, que os dixe, atento á las de mis ojos era de sus niñas lince.

La fiesta hizo fin, y amor principio, que por oirle halló lugar y esperanza de quererme y de seguirme, desde aquel dia hasta ahora en pretenderme prosigue Don Juan; mas yo deseando á mejor fin reducirle, díle zelos y desdenes, falso arbitrio, con que hice, que mudando pensamiento otra dama solicite.

Esta, á quien tan bien lo sabe, no es razon que yo la pinte, si bien en sus bazarrias quanto celebran, consiste. Dexáronla mucha hacienda sus padres, luce y repite

con bostezos de señora
á escuderos y tellices.

Esta pues, que de Don Juan
fué la encantadora circe,
como aquella que entretuvo
sin entendimiento á Ulyses,
no solo ha podido hacer
que me aborrezca y olvide,
sino que en el verde soto,
que de puro cristal ciñe
Manzanares, este mes
de verdes álamos viste,
le llamó marido, ay cielos!
cómo pude resistirme?

Desde aquél dia me matan
zelos y congojas tristes.

Llaméle, y díxele amores;
pero apénas quiso oirme,
que ensoberbece á los hombres
ver las mugeres humildes.

A los dos, Enrique ilustre,
una misma ofensa aflige,
y así es justo que á los dos
la misma venganza obligue.
Yo haré de mi parte quanto
fuere á una muger posible,
que las más tiernas amando,
con zelos se vuelven tigres:
vos de la vuestra, y los dos
para los dos, que si rinden
zelos, les daremos zelos:
al arma, mueran, suspiren,
no se han de casar, que á vos
os toca; ó quedemos libres,
ó vengados, que aunque es fuerte,
no es el amor invencible.

Cond. Ya de vuestra relacion
alguna parte sabia,
porque la enemiga mia
me dió á saber la ocasion:
la soberbia y presuncion
de Belisa se ha rendido
al título de marido,
y con ser así mi amor,
se agravia de su rigor,
pues no me permite olvido.
Por vos y por mí hacer quiero,
en lo que posible fuere,

lo que no contradixere
á la ley de caballero:
que nos vengamos espero,
vos con zelos de tan necio
galan, y yo que me precio
de que estímen mis cuidados,
que es venganza de olvidados
hacer del rigor desprecio.

Fuera de que puede ser
(perdone vuestro valor)
que de fingir este amor
viniésemos á querer;
porque suele suceder,
que cosas de amor tratando
dos libres, y no pesando,
que pueden ser verdaderas,
venir á acabar en veras,
lo que se empieza burlando.
Yo me rindo al talle y brio
del galan Aragonés,
pero no tanto despues,
que Belisa ofende el mio:
entremos á desafio
dos á dos, adonde espere
victoria el que mas pudiere
en el campo de los dos,
y ayude amor, pues es Dios,
al que mas razon tuviere.

Luc. Cierta será la victoria,
Enrique, si me ayudáis.

Cond. Mirad como la trazais,
que resulte en vuestra gloria.

Luc. En toda amorosa historia
no es bien que el fin se presuma;
muger soy, y será en suma,
con que disculpada quedo,
mio de amor el enredo,
y vuestra será la pluma.

Cond. Amor la imprima.

Fab. Qué has hecho?

Luc. Vengarme de quien me agravia.

Fab. Loca estás.

Luc. Y es cierto, Fabia,
con tanto amor en el pecho. *v. las 2.*

Cond. Gran parte del mal desecho
con la venganza trazada.

Fern. Qué habeis tratado?

Cond. No es nada.

Fern. Esta dama es de Don Juan.
Cond. Toma, Fernando, el gaban,
 y dame capa y espada. *vanse.*

Salen Belisa y Tello.

Bel. Joyas á mí?

Tello. Por qué no,
 si eres la Reyna de Troya.

Bel. Quando está pobre Don Juan,
 finezas tan amorosas?
 á mí fenix de diamantes?

Tello. Con el verso y con la prosa,
 que le enviaste, está loco.

Bel. Pena me ha dado la joya:
 qué se empeñó? Cómo es esto?

Tello. No ha sido empeño, señora,
 sino el paternal dinero,
 que vino de Zaragoza,
 que así como vió el Soneto
 dixo con voz amatoria
 rompiendo medio bufete
 de una puñada Cardona:
 Ay tan alta bizzarria?

que una señora componga
 tales versos! malos años
 para quantos á Helicon
 van por agua y alcacer.

Y luego del baul toma
 la bolsa Zaragoci,
 y dixo: tendrás ahora
 el mejor dueño del mundo;
 però respondió la bolsa
 en tiple de los escudos:
 mejor soy para la olla.

Fuimos á la insigne puerta
 (que Guadalaxara nombran,
 sepulcro de oro y de seda
 de tantos cofres langosta)
 y para el fenix Belisa,
 fenix de diamantes compra,
 porque el dia de San Marcos,
 que del trapo llaman zorras,
 salgas á matar guedejas,
 y á dar envidia á balonas;

pero dime si es posible
 reducir á la memoria
 el Soneto que escribiste.

Bel. Como yo de amores loca

no me osaba declarar,
 dixé así.

Tello. Las Musas oigan.

Bel. Canta con dulce voz en verde
 rama

Filomena dulcísima al aurora,
 y en viendo el ruiseñor, que le
 enamora,

con recíproco amor el nido enrama.
 Su tierno amante por la selva llama
 cándida tortolilla arrulladora,
 que si el galan el ser amado ignora,
 no tiene accion contra su amor la
 dama.

No de otra suerte al dueño de mis
 penas

llamé con dulce voz en las floridas
 selvas de amor, que oyendo el can-
 to apénas

Se vino á mí las alas extendidas,
 porque tambien hay voces Filo-
 menas,

que rinden almas y enamoran vidas,

Tello. Por Dios, que es Soneto digno
 de que en sus obras le ponga
 la Marquesa de Pescara,
 que Italia celebra y honra.

O, pues tambien lo merecen,
 en las canciones sonoras
 de la Isabela Andreina
 representanta famosa:

pues hoy estiman sus versos
 París, Nápoles y Roma:

qué sonoridad, qué luces!
 y aquello de arrulladora?

Mal año para los cultos!

qué claridad estudiosa!

qué cultura! dará envidias,

aunque laurel le corona,

al Príncipe de Esquilache,

y al Retor de Villahermosa.

Bel. Eres poeta por dicha?

Tello. Y por desdicha notoria.

Bel. Porque ese language, Tello,
 á presumir me ocasiona
 que haces versos.

Tello. O qué lindo!

oye una Silva á una mona,

á quien requebró un galan
en peso la noche toda.

Quedóse en un balcon, donde solia
desde las doce de la noche al dia
hablar cierto galan á una casada,
por cerrar la ventana su criada,
el animal que mas imita al hombre,
aunque él sabe tambien tomar su
nombre:

la mona con el frio, en la cabeza
púsose un paño, que tendido es-
taba,
con que la dicha moza se tocaba.
Vino el galan, y atento á su belleza
tirábalé al balcon de quando en
quando

chinas, con que la mona despertando
salió ligera, y en lo alto puesta
le daba algunos cocos por respuesta.
Pensó que hablaba así por su marido,
y la reja trepó, del hierro asido:
mas queriendo besarla, de tal modo
le asió de las narices, que temiendo
que pudiera sacárselas del todo,
se estuvo lamentando y padeciendo,
hasta que el alva hermosa,
vestida de jazmin con pies de rosa,
de ver los dos amaneció riendo,
ella del monicidio temerosa
al pobre amante en vez de los amores
de arriba abaxo le sembró de flores.

Sale Finea.

Fin. Doña Lucinda de Armenta,
y Doña Fabia, su moza,
te quieren hablar.

Bel. Dí que entren.

Tello. Eso dices?

Bel. Pues qué importa?

Tello. Voyme por estotra puerta. *v.*

Fin. Qué aguardan? entren, señoras.

Salen Lucinda y Fabia.

Luc. Si vuesa merced se acuerda
de que en la florida alfombra
de Manzanares un dia
compitiendo con la aurora
amaneció perla en nacar,

ó rosa, que baña aljofar;
siendo el pimpollo el sombrero
ó vuesa merced la rosa:
yo soy aquella muger,
que engañada de mi sombra,
le pedí el galan prestado
sobre prendas de lisonjas:
como le asió de la mano,
y subiendo en su carroza.

Bel. No es carroza, sino coche,
ó vuesa merced me honra,
como llamar Licenciado
por la presbítera toga
al que es de prima tonsura.

Fab. Pienso que se finge boba.

Bel. Soy cándida.

Fab. Así parece.

Bel. Finalmente en qué se apoya
esta zelosa visita?

Luc. En que su merced recoja
de noche al señor marido,
porque no es justo que corra
con ella sotos y prados
en carroza, coche ó posta;
y que en llegando la noche
mi puerta y ventanas rompa,
ya con el pomo las unas,
ya con las piedras las otras:
entró una dellas por fuerza,
y esta cadena me arroja
diciendo, que le escuchase;
escuchéle temerosa,
lloró en fin.

Bel. Y con vigotes?

válgate Dios por Cardona!

Luc. Dióle despues en mi estrado
tal desmayo, tal congoja,
que fué menester volverle
con agua de azar y alcorzas.

Bel. Qué ventura tener agua!
si no la teneis, señora,
él se queda á buenas noches:
válgate Dios por Cardona!

Luc. Díxome de vos mil males,
que dia y noche le rondan
la puerta criadas vuestras,
que os vió aquella tarde sola,
y que le andais persiguiendo.

Bel. Soy una perseguidora,
que yo le persigo dice?
válgate Dios por Cardona!
ahora bien, por el aviso
la sirvo con esta joya,
que hoy me ha enviado con Tello,
su famoso guardaropa;
porque el día de San Marcos
en la cadena la ponga,
y vea vuesamerced
si ha menester otra cosa
desta casa, que aquí queda
para su servicio toda.

Luc. Porque sé las bizarrías
desa mano poderosa,
tomo la joya, y os beso
la mano ilustre.

Fin. Perdona,
que no ví cosa mas necia,
que la que has hecho.

Bel. Qué importa?

Fab. Y vos, señora Finea,
decid á Tello, que escoja
otra dama, que despues
que á Lucinda mi señora
sirve el Conde Don Enrique,
tambien de mí se apasiona
Fernando su secretario,
y yo le quiero.

Fin. Mejora
vuesa merced de galan.

Luc. El y Don Juan se dispongan
á no alborotar mi casa,
que si otra vez la alborotan,
castigará su locura
el Conde, porque me adora:
y á vuestra puerta en la calle
aguarda con su carroza,
para que vamos al prado. *va, las 2.*

Fin. Extraña historia!

Bel. Es historia
que me ha de costar la vida,
á la ventana te asoma,
mira si es el Conde Enrique.

Fin. Mejor es que tú lo oigas,
que desde el estrivo llama.

Bel. Qué libertad! estoy loca.

Dentro el Conde.

Cond. Al prado, cochero, al prado,
da la vuelta.

Luc. Es la victoria
Magal'anes de los coches.

Fin. Qué propia voz de zelosa!

Bel. A tanta desdicha mia,
ay de mí! qué puedo hacer?
ó mal haya la muger,
que del mejor hombre fia!
Que Don Juan de amor de un dia
se volviese á lo que amaba
primero, en razon estaba;
pero no querer yo bien,
y declarárselo á quien
por otra muger lloraba!
Halla un páxaro rompida
la jaula, y volando al viento,
quando goza en su elemento
de la libertad perdida,
se acuerda de la comida,
y vuelve á ver si está abierta,
con ser su cárcel tan cierta:
así los amantes son,
que con saber que es prision,
vuelven á la misma puerta.
Volvióse la voluntad,
Aragones caballero,
sin querer gozar del fuero
de su misma libertad:
fié de su falsedad
mi enamorada aficion:
ó qué necia condicion
de una voluntad sencilla,
fiar almas de Castilla
á los fueros de Aragon!
No me pesa porque fui
necia, en que Don Juan me rinda,
pésame de que Lucinda
se haya vengado de mí;
lo que no tuve, perdí,
ménos á enojo me incita,
que una muger mas se irrita,
y mas con tanto ademan,
que de quitarle el galan,
la burla de quien le quita.
Lucinda, desdenes tales
han hecho que os quiera bien,

que hay muchos hombres, que á
quien
los trata mal son leales:
ó amor! cómo son iguales.
en esto buenos y malos;
no vienen con los regalos,
y en los zelos se resuelven,
que hay hombres perros que vuel-
ven
adonde les dan de palos.
Qué mal se supo entender
mi ignorante bizarria,
quando dixé, que queria
á un hombre de otra muger,
la disculpa habrá de ser
no de Porcias y Lucrecias,
que á no haber amor, si precias
que de tí se libren pocos,
ni se halláan hombres locos,
ni hubiera mugeres necias.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. Mas de treinta mil ducados
de dote sin esta casa
tiene Belisa.

Tello. Y las joyas,
ricos vestidos y alhajas,
son barro? Dichoso eres,
y advierte, que si te casas,
me des tambien á Finea.

Juan. Yo te la doy.

Tello. Aquí estaban?

Juan. Señora mia y mi bien,
ya el alma se me quejaba
de vivir en vuestra ausencia,
si ausente vivo con alma.

Bel. Confusa estoy! lo mejor
es volverle las espaldas.

Juan. Fuése?

Tello. No lo ves?

Juan. Finea,
escucha.

Tello. Tampoco habla.

Juan. Tras ella irá.

Tello. Para qué? *vanse las dos.*

La puerta cierra á la sala.

Juan. Pues qué novedad es esta,
sin que sepamos la causa?

Tello. Habelle dado la joya.

Juan. Tello, en esas puertas llama.

Tello. No he visto amante mas pobre,
siempre parece que andas
de puerta en puerta.

Juan. Es Finea
la que en la ventana aguarda?

Tello. La misma.

Juan. Finea, qué es esto?
Este término esperaban
de la señora Belisa
mi deseo y mi esperanza?

Fin. Dice mi señora.

Juan. Qué?

Fin. Que se vayan noramala.

Juan. Acabóse.

Tello. Aquí entra bien;
para vos traigo una carta.

Juan. Qué habemos de hacer?

Tello. No sé.

Juan. Ven, que yo lo sé.

Tello. Estas llaman
Bizarrias de Belisa,
cerrar puertas y ventanas
en agarrando la joya?

Juan. Sígueme, que voy sin alma.

Tello. El fenix se ha vuelto cisne,
que quando se muere, canta.

JORNADA TERCERA.

*Salen el Conde y Fernando en há-
bito de noche.*

Fern. No hay desden que no se rinda
con servir y porfiar.

Cond. Cansado estoy de ayudar
desaliños de Lucinda.

Fern. Si Belisa ha conocido
con el ingenio mayor
del mundo, que ha sido amor
el de Lucinda fingido,
no es prudencia darle zelos:
con ella, mejor seria
conquistar su valentia
con proseguir tus desvelos:
Lucinda toma venganza
de Don Juan con sus mentiras;
si la ayudas, qué te admiras

de vivir sin esperanza?
Cond. Tienes razon, ya no quiero
 zelos, servirla es mejor
 con amor y mas amor,
 con dinero y mas dinero:
 dar zelos suele importar,
 esto despues de quererme,
 para despertar quien duerme,
 pero no para obligar.
 No hay armas para vencer
 una muger desdeñosa,
 como otra muger, ni hay cosa
 que tenga tanto poder
 como aquella informacion
 de una amiga con su amiga;
 esta las rinde y obliga,
 como de un género son,
 saben para herir, tentar
 la flaqueza de la espada.
 No has visto á Eva pintada,
 y que la viene á engañar
 con el rostro de muger,
 que la culebra tomó?
 Pues este exemplar les dió
 para engañar y vencer
 á mugeres con mugeres.
Fern. Celia con Belisa vive,
 estos dias apercibe,
 si obligar á Celia quieres,
 aquel gran conquistador
 de voluntades, que llaman
 oro, y verás si te aman.
Cond. Ya sabe Celia mi amor,
 y me ha prometido hacer
 quanto pudiere por mí.
Fern. Dos hombres vienen aquí.
Cond. Galanes deben de ser
 de Lucinda, que le rondan
 la puerta, tarde han llegado,
 pues dos veces he llamado,
 y no hay orden que respondan.

*Salen Belisa y Finea con sombreros
 de plenas, y ferreruelos con oro,
 y dos pistolas.*
Fin. Pienso que has perdido el seso,
 y no debo de engañarme.
Bel. Todo lo que no es matarme

no lo tengas por exceso:
 y así con tanta violencia
 amor mi cuerpo desalma,
 que no hay potencia en el alma,
 que viva su ni ma esencia.
Fin. Tú á la puerta de Lucinda
 con estos necios disfraces?
 considera lo que haces,
 por mas que el amor te rinda,
 que si nos hallan así,
 nos habemos de perder.
Bel. En viendo que soy muger,
 qué podrán pensar de mí?
 porque si ahora me dan
 mil muertes ó mil enojos,
 tengo de ver con los ojos
 lo que me niega Don Juan:
 y es justo que ver intenten
 lo que temen y desean,
 porque como ellos lo vean,
 no dirá el alma que mienten.
Fin. Quantas has hecho hasta aquí.
 bien pueden ser bizarrías,
 estas no, porque porfias
 contra tu honor.
Bel. Ay de mí!
Fern. Pareceme que has tomado,
 señor, el medio mejor.
Cond. Celia, dinero y amor
 remediarán mi cuidado.
Fern. Da lugar á estos galanes,
 que no llegan á la puerta
 por nosotros.
Cond. Verla abierta
 merecen los ademanes,
 con que miran de Lucinda
 las rejas.
Fern. Vidas perdonan,
 valientes son, que pregonan
 lo que se precia de linda. *vans. los 2.*
Fin. Si con ella está Don Juan,
 y te escribió aquel papel
 de que se casa con él,
 ó por ventura io estan,
 habemos de estar aquí
 hasta que nos halle el alva.
Bel. Ese papel fué la salva
 del veneno que bebí,

que no hay veneno mas fuerte,
que las letras de un papel,
pues tantas veces en él
bebe la vida la muerte:
díceme que se desposa
mañana, y que no hay lugar
para poderla acabar
una gala, por costosa
de soberbia guarnicion,
que yo le preste un vestido,
bachilleria que ha sido
mi locura y perdicion:
hay tal modo de pudrir?
que con mis galas se quiera
casar?

Fin. Gente viene, espera.

Bel. Qué? sino solo morir.

Salen Don Juan y Tello.

Tello. Yerras, por Dios, en intentar
hablalla.

Juan. Pues, Tello, qué he de hacer?
quando imagino
que ha hecho algun zeloso desatino,
aunque Belisa calla,
por donde la he perdido, y me ha
tratado
con rigor tan cruel, que me ha
cerrado
las puertas y ventanas de tal suerte,
que piensa retirada, y hecha fuerte,
que puede entrar mi amor á ver su
olvido,
en átomo del ayre convertido.

Tello. Como la sirve el Conde, ser
podria
que se enojase, y nunca el que es
prudente,
hizo pesar al hombre poderoso,
por no dar en sus manos algun dia,
que el desigual lo que es posible in-
tente,
tengo por aforismo provechoso.

Juan. O qué necio Caton! ó qué gro-
sero
Séneca! yo no quiero
quitar su gusto al Conde,
sino hablar á Lucinda.

Tello. Si responde, como muger zelosa y agraviada,
vendrá á parar en fuese, y no hu-
bo nada.

Bel. Finea, no conoces
estos galanes?

Fin. Quédo, no des voces.

Bel. No me engañaba yo, pierdo el
sentido!

Fin. Parece que no llama de marido,
que si marido fuera,
la puerta con la aldava deshiciera.

Bel. No habrá tomado posesion ahora,
llamará de galan.

Fin. Mira, señora,
que no es bien que te vea.

Bel. Yo callaré, mas no podré, Finea.

*Salen Octavio y Julio con otros dos
hombres.*

Oct. Julio, hasta ahora me duró la
herida,
curéla en fin, mas no curé el agravio.

Jul. Esperando ocasion se venga el
sabio.

Oct. Este es Don Juan, llamando está
á la puerta
de Lucinda, pues no ha de verla
abierta,

yo no vengo á reñir, á matar vengo.

Tello. El Conde es este, gran sospe-
cha tengo,
que te viene á matar con sus criados.

Juan. Tello, no hay mas, morir co-
mo soldados.

Tello. Quatro son, dos me caben, no
hayas miedo,
que me divida de tu lado un dedo.

Juan. Pues, Tello, aquí veré si eres
valiente.

Bel. A matar á Don Juan viene esta
gente,
á su lado me pongo.

Fin. Y yo te sigo.

Bel. Finea, defender al enemigo
fué siempre gran fineza y bizarría.

Oct. Ah caballeros, esa puerta es mia.

Juan. Pues pase, si pudiere.

D

Jul. Octavio, tente, ¿quatro, y los dos con escopetas?

Oct. Creo, que hurlan mis desdichas mi deseo.

Jul. Vuélvete, y no acometas.

Oct. En Madrid escopetas? caso, por Dios, terrible!

Jul. A quien quiere matar todo es posible.

Tello. Todos se han ido con temor del plomo.

Juan. La vida debo á aquestos caballeros.

Tello. Huyéron los villanos escuderos: de que el Conde no fué, sospechas tomo.

Juan. Señores, si es posible conocerós, sepa á quien debo defender mi vida de tantos enemigos perseguida.

Vanse los dos.

Tello. Volviéron las espaldas sin hablarte,

ni quitar los embozos.

Juan. Por qué parte llegaron estos hombres? si han bajado del cielo en mi favor?

Tello. Mas del tejado, porque si ángeles fueran, sin escopetas pienso que vinieran, que no las hay allá.

Juan. Necia porfia, truenos y rayos son artillería.

Tello. Verdad por Dios, y que mostrarse quiso el ángel, que guardaba el Paraíso con espada de fuego.

Juan. Qué necio estuve y ciego! tal me tiene Belisa.

Tello. Fuéron con tanta prisa, que con razón te han dado ocasion al milagro imaginado, que si en forma de espíritus bajarán,

las alas del penachos coronarán, pero no los sombreros.

Juan. Angeles son tan nobles caballeros:

esta puerta me avisa del peligro que tengo, mejor es ir á ver las de Belisa, así las noches paso y entretengo.

Tello. Bien fuera, si te abriera.

Juan. Ella me las abriera, si me oyera.

Tello. Una tapia muy baxa el jardin tiene, que no es para subir dificultosa.

Juan. Podré yo entrar por ella?

Tello. Ser podría.

Juan. Pues vamos ántes que lo estorve el dia, que se traslada de zafir en rosa.

Tello. Mejor fuera salir de tanto empeño con trasladarle de la cena al sueño. *v.*

Salen Belisa, Celia y Finea.

Bel. Guardaste las escopetas?

Cel. Ya, Belisa, estan guardadas.

Bel. Sin alma vengo.

Cel. No es mucho,

pues tambien fuiste sin alma, y me has tenido sin ella: porque de locura tanta, qué pudiera prometerme que no fuera tu desgracia?

Estaba Don Juan por dicha á la puerta de esa dama?

aunque dentro es lo mas cierto, pues que mañana se casan!

Bel. Apénas, Celia, á la puerta de la dicha dama estaba

(que dicha le viene bien, pues que ninguna le falta)

quando á su casa venia cercado de genta y armas

cierto agraviado enemigos hizo que yo no llego, le matan;

temiéron las escopetas, y volviendo las espaldas

desistiéron de la empresa.

Cel. Heroica y dichosa hazaña, que fué mirándolo bien una locura bizarra.

Bel. Reñísteme con lisonja de lo que fuí temeraria.

Cel. Acuéstate, que se riensay nat de tus cosas la mañana, ps obab cuyos zelages azules. Inimab nia embisten rayos de plata.

Bel. No es tan tarde como piensas tu sueño.

Cel. Estoy desvelada.

Bel. Harto mas lo vengo yo como de tanta zelosa rabia: responder quiero á Lucinda la que mañana se casa, la discreta, la dichosa, la linda, la bien tocada, que me ha pedido un vestido mientras sus galas se acaban, para que de sus victorias sean despojos mis galas, que tal linage de burla solo pienso que se usará conmigo, de quien amor con razon toma venganza.

Cel. Pues no hay mañana lugar?

Bel. No has visto que quando tratan dos hacer un desafío, el agraviado no aguarda, que salga primero el otro. Déxame tomar la espada, y matar esta muger.

Cel. Finea, avisa que tañan.

Bel. Conmigo Doña Lucrecia, por necia, que no por casta?

Fin. Escribir quieres la hora?

Bel. Pon, Finea, en esa quadra una bugia y papel, tinta y pluma.

Fin. Pienso que anda por esos ayres tu seso.

Bel. Corre esta cortina, acaba.

Corriendo una cortina se descubre un aposento bien entapizado, un bufetillo de plata, y otro con escritos, una bugia, y el Conde á un lado.

Jesus! qué hay aquí?

Fin. Ay, señora! un hombre.

Conde. Quedo, no hagas, Belisa, extremos, yo soy.

Bel. Vueseñoria en mi casa á tales horas? **Celia!** buen cuidado, gentil guarda. Tú pones en mi aposento al Conde, y junto á mi cama, dónde se vio tal traicion?

Cel. Si yo salgo á ver quien llama, y en abriendo se entra dentro y poderoso amenaza mi vida, qué puedo hacer?

Bel. Decírmelo quando entrará, y volviérame á salir donde esta noche pasará en casa de alguná amiga.

Conde. No esteis, señora, turbada, que si amor me puso aquí, en viendo vuestra desgracia, él me mostrará tambien la puerta por donde salga de noche entré sin pensar que tanto el sol se tardará de amanecer á mis ojos.

detuviéronme mis ansias hablando con Celia en vos, y como las horas pasan tan apriesa por el gusto, sin que las sienta quien ama, quando ya me quise ir, y llamásteis vos, y esperaba á salir, sin que me vieses.

Bel. A tan corteses palabras rindo todos mis enojos.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. Entra quedito, que hablan en la quadra de Belisa.

Tello. Por Dios que no era muy baxa la tapia del dicho huerto.

Juan. Dificil era la tapia, si amor no me diera el pie, ó me subiera en sus alas.

Tello. Como no me ayuda á mí, por Dios que traigo quebrada la ausencia de la barriga.

Juan. Hombre habla: cosa extraña!

Tello. Hombre aquí, y á tales horas?

Juan. Tello, quién lo imaginara?

Tello. Ah, señor, cuántas de aquestas,

que se nos hacen gazapas
con los ojitos de miz,
tienen el zape en el alma;
las masoricas del honor
quiebran tal vez, y se pasan
como mal papel, que dexa
en cada letra una mancha.

Juan. Loco estoy: escucha atento,
pues este cancel nos tapa.

Tello. Nadie se fie en cancel,
si habláren mal en la sala.

Bel. Yo creo á Vueseñoria,
mas pues Lucinda le agrada,
para qué me busca á mí?

Cond. Para escucharos, ingrata.

Bel. Despues de tantos paseos,
prado y Fuente Castellana,
viene á darme este disgusto,
mas debe de ser la causa,
que le ha dexado por otro
su condicion, ó se engaña.

Tello. Por la tribuna de Dios,
que es el Conde, y que se abraza
Belisa de zelos.

Juan. Cielos!
no me dexaba sin causa
Belisa: el Conde la goza,
hoy hizo fin mi esperanza.

Tello. Vámonos de aquí, señor,
que si esto adelante pasa,
te han de sentir, y vendreis
los dos á sacar la espada.

Juan. Hay mas que matarle?

Tello. Cómo?
matar, eso que no es nada,
y despues á caballito
huyendo por las Italias,

ó por dicha, tú en teatro
lucífero, yo en la macá,
que llaman *finibus terrae*,
cantando con media caxa
al sol del remifasol
con dos pasos de garganta.

Cond. Belisa, yo no he querido
lá Lucinda, porque fué
su entredo contra mi fe,
sus zelos contra mi olvido:
y porque veais que he sido

tan galan como señor,
desde aquí dexo el amor,
sin admitirle jamás,
que no es bien, que pueda mas
mi gusto, que mi valor.
Y aunque sea á mi despecho
si vos pretendéis casaros,
como decís, estorvaros,
siendo quien soy, no es bien hecho;
hoy haré salir del pecho
mi esperanza, sin que espere
mas que el bien que vuestro fuere,
porque no quiere, ni es justo
el que quiere mas su gusto,
que el honor de lo que quiere.
Hoy viene al suelo la torre
de mi necio y loco amor,
que contra vuestro rigor
el ser quien soy me socorre,
que tambien amor se corre
de ser mal agradecido,
viendo, señora, que he sido
sobre necio y porfiado,
para galan desdichado,
y grande para marido.
Palabras doy de ayudaros
con el que lo fuere vuestro,
con que presumo, que os muestro
tanto amor como en dexaros:
con esto pienso obligaros,
sin volveros á causar,
que un hombre, que con amar
nunca puede merecer,
quando cansan con querer,
obliga con olvidar.

Bel. Alumbrá á su Señoría,
Finea.

Cel. Valor notable!

Cond. Quién está aquí? alumbrá.

Bel. Cómo?
gente en mi casa?

Juan. No saque
la espada Vueseñoria.

Empuña la espada, y terciá la capa.

Cond. Cómo no, viendo esperarme
detras de un cancel dos hombres?
Belisa, traiciones tales

con un hombre como yo?

Bel. Ay desdicha semejante!

Celia, qué es esto?

Celia. Que al Conde

puse yo donde le hallaste

es verdad, no los demas.

Juan. Señor Conde, no os espante esta locura de amor.

Cond. Amor no puede espantarme, que juzga mal de la culpa

quien en ella tiene parte:

admírome de Belisa,

que con tantos ademanes

y melindres, en su casa

tenga hombres á horas tales

escondidos en canceles:

y así para no empeñarme

en mas de lo que es razon,

porque no es justo que os mate

por delito de marido,

y guardaos de que os halle

por casar, que vive Dios,

que todo el mundo no baste

á defenderos la vida.

Juan. Pues, señor, sin escucharme?

Cond. Es presto para paciencias,

y para disculpas tarde.

Vase, y Celia con él.

Juan. Es esta, ingrata Belisa,

la causa para matarme?

justamente enmudecias,

quando yo llegaba á hablarte:

justamente me cerrabas,

las puertas; pero sin llaves,

supo entrar amor á ver

los agravios que me haces.

Paredes abren los zelos,

quando ve que no los abren:

que como los llaman linceos,

no hay cosa que no traspasen;

jurisdiccion son de amor

todos los verdes lugares,

al jardin debo el que tuve,

tantos un desengaño vale.

A las quatro de la noche,

si es bien que noche se llame,

quando ya llama el aurora

á las puertas orientales,

un señor, en quien concurren

tan notables calidades,

en tu aposento á estas horas:

de tu casa el Conde sale?

Si en tu calle no hay vecino

que ahora esté por levantarse,

y echas en la calle un hombre,

cómo quieres tú que calle?

En la calle no hay secreto,

que en llegando á despejarse

tanto el honor, no presumas

que guarden secreto á nadie.

Si amabas á Don Enrique,

dí, para qué me engañaste?

que nunca fué valentia

ser las mugeres mudables;

dexárame con Lucinda,

mal por mal, nunca tan tarde

hombres en su casa hallé

de quien pudiese quejarme.

Desde tu casa me voy

á Aragon, para olvidarte,

Dios me libre de Castilla,

para conocerla baste,

que el exemplo de tu amor

me castigue y desengañe.

Si volviere á verla, cielos,

traidora espada me mate,

ó el mas amigo me venda,

y el mas obligado pague

con malas mis buenas obras,

y á mi enemigo se pase.

Perdone el hábito el Rey,

que ya con tantos pesares

me han dado Santiago zelos,

y es mejor morir en Flandes.

Bel. Acaba vuesa merced

su plática lamentable?

tiene esa larga oración

epílogo que la vensarte?

Ha de haber no has visto, y esto

con que acaban los Romances

para la vulgar chacota,

que llaman versos finales?

quánto apacible severo?

quánto tierno inexorable?

quánto rendido tirano?

Y quánto humilde arrogante?

Prosiga vuesa merced.

Juan. Burlas en veras tan grandes?
quando agravios niñerías?
y quando rabias donaires?
Bel. Gentil hombre Aragonés,
el de la ley del encaxe,
Juan por la gracia de Dios,
Cardona por lo picante:
si habemos de hablar de veras,
si se han de tratar verdades,
si descubrirse los pechos,
si las almas declararse:
diga, Rey, si vino aquí
su Ninfa, que Dios le guarde,
aquella á quien solo faltan
las alas para ser ángel?
aquella, que escribe en culto
por aquel Griego language,
que no le supo Castilla,
ni se le enseñó su madre:
aquella en fin, cuyos ojos
llaman á tantos galanes,
que es el bulto de la Corte,
quiera Dios que se los saquen;
y me dixo, que le rompió
las puertas con ansias tales,
y con ruegos tan humildes,
que de lástima le abre:
que se desmaya en su estrado,
no es mucho que se desmaye,
pues llora con vigotera,
y hace pucheros infantiles.
Cómo quiere el buen Cardona,
y con la boda que añade
en este papel su Ninfa,
que sufra yo que se case,
porque mañana ha de ser,
y me pide la ignorante
vestidos para la boda,
mientras los suyos se acaben?
Váyase vuesa merced,
que ya es de día, á acostarse,
porque para desposado
sin ojeras se levante,
y para hacerse la barba,
que es capítulo inviolable
para ser mas mozo el novio,
y la señora enrizarse.

Y sépa que ha sido exemplo
entre mugeres leales,
porque la que sale firme,
es roca al mar, palina al ayre.
No truxe al Conde á mi casa,
que ausente yo, pudo entrarse
en ella, sin culpa tuvo
Celia, entre los dos la saben.
La prueba de estar ausente
es haber ido á buscarle,
y deberme ya dos vidas,
que porque no le matasen,
la mia puse á peligro
con quatro espadas delante,
con las armas que temiéron
los que quisieron matarle.
Es esto, como presume,
echar en la calle amantes?
es esto mudar de fe?
es esto ser inconstante?
es esto tener yo culpa
de ausentarse ú de casarse?
por mí se vuelve á Aragon,
y desde Aragon á Flandes?
La joya le dí á Lucinda
de aquel fenix de diamantes,
que para mí mueren fenix,
y para Lucinda nacen:
no responde?

Juan. Apénas puedo!
Tello. Y tú, no tienes que darme
alguna disculpa?

Fin. Tello, pellejo de zorra traes
con la barbada medida,
con el cansado desayre,
que habiendo sido de Fabia
pretensor fregonizante,
me pide que dé disculpa?

Tello. De Fabia yo?

Fin. Pues negarme
quieres la verdad?

Tello. Yo? *Fin.* Sí.

Tello. Plega á Dios que me desgarre
un oso las pantorrillas,
ó que mi dinero en parte
le ponga, que esté dudoso,
pues hay cofres que le guarden;

ó que sacando un vestido
me pida despues el sastre
mas seda y mas guarnicion,
ó que por Diciembre pase
en un rozin sin espuelas
por la calle de Xetafe,
y que de lerdó y mohino
en cada meson me pare,
ó que tenga un pleito en quien
paciencia y dineros gaste,
que es maldicion, en que todas
quantas tiene el mundo caben.

Juan. O Belisa, qué habrá que no
se intente
con zelos? yo estoy ya desenga-
ñado,
si tú lo estás, su necia envidia au-
mente
amor, que tantas penas te ha costado:
la vida que te debo justamente,
miéntras viviere, me tendrá obli-
gado,
tú mira cómo quieres, y en qué
parte,
pueda satisfaciéndote vengarte.
Que como ahora sale el claro dia
por la boca del sol, y va rompiendo
la oscura sombra de la noche fria,
abriendo flores, y cristal luciendo,
á tus ojos saldrá la verdad mia
la noche de Lucinda descubriendo,
y entónces los regalos, los amores,
unos serán cristales, y otros flores.
Puedo hacer mas, que pueda tu
deseo
hacer de mí?

Bel. Yo quedo satisfecha,
y que es enredo de Lucinda creo,
mas todo sin vengarme, qué apro-
vecha?
que en el estado que mis cosas veo,
y para deshacer toda sospecha,
tú has de ser dueño en fin de mi
esperanza,
de la satisfaccion y la venganza.
Yo te diré el engaño que he pen-
sado
para salir de todo con victoria.

Juan. A obedecerte estoy determi-
nado,
en zelos, en amor, en pena, en
gloria.

Bel. Pues vete, y vuelve, y ten de mí
cuidado.

Juan. Cómo podrá faltar de mi me-
moria?

Bel. A Dios, Don Juan.

Juan. Muriendo me desvio.

Tello. A Dios, zampona.

Fin. A Dios, tabaco mio. *vanse.*

Salen el Conde, Lucinda y Fabia.

Luc. Notable resolucion!

Cond. Si me sucediera bien;

mas fué mayor su desden,
que su atrevida aficion.

Luc. El oro en toda ocasion
es el primer movimiento.

Cond. Celia en su mismo aposento?
me dió bastante lugar,
pero no supe igualar
mi dicha á mi atrevimiento.

Pero quién pudiera creer,
que fuera de casa estaba

Belisa, quando llegaba
la noche á dexar de ser?

no tuvo que defender
de mis locos desatinos,

que nació (quando mis sinsos
fuéron encontrados vándos)

donde enloquecen Orlandos,
donde no fuerzan Tarquinos.

Qual suele un desafiado,
que á su contrario esperó,

que hasta que venir le vió
blasonaba confiado,

y en viéndole, de turbado
mudarse descolorido;

pues así mi amor ha sido
hasta que á Belisa ví,

que en viéndola me rendí
antes de haberme rendido.

Salí muy necio en efeto,
y es, porque entré confiado,

aunque un hombre despreciado
cómo puede ser discreto?

hallé, escuchando en secreto
al salir vuestro Don Juan,
disculpa los dos me dan,
si deste nombre se llama,
tener en casa la dama
á media noche el galán.
Enojéme con razon,
mas llegando á conocer,
que se pudiera ofender,
su crédito y opinion,
no puse en execucion
con entrambos mi pesar,
que ni á él le dexé hablar,
ni á ella despues mentir,
porque no queda que oír,
en no habiendo que esperar.

Luc. Yo me canso injustamente,
él la adora, qué porfio?

Cond. Ay del pensamiento mio,
que mayor agravio siente!

Sale Fabia.

Fab. Si no parece que miente
sombra de imágen incierta,
tu Don Juan está á la puerta.

Luc. Qué Don Juan?

Fab. El de Cardona.

Luc. El mismo?

Fab. El mismo en persona.

Luc. Esté mil veces abierta.

Salen Don Juan y Tello.

Juan. Huélgome de hallar aquí,
señor, á Vueseñoría,
no para disculpa mia,
si es que anoche le ofendí,
sino porque de Belisa
traigo á los dos un recado.

Luc. Buen mensagero ha buscado.

Cond. Qué me manda?

Luc. Qué me avisa?

Juan. Díxome, que en un papel
(que Lucinda le escribió,
que por eso me llamó
para darme parte del)
la escribe, que hoy se desposa,
que á tanta ventura tengo,
que yo propio á daros vengo
las gracias, Lucinda hermosa,

y que en razon del vestido,
que le honreis tiene á favor
sus galas, con el mejor,
y que nunca le ha servido.
Y os envia á suplicar,
que de su mano tocada
salgais á ser envidiada,
y á no tener que envidiar,
y que si tambien quereis
(tanto desea obligaros)
en su casa desposaros,
de ser madrina la honreis.

Luc. Para deciros verdad,
picarla fué mi deseo,
pero ya despues que veo
la vuestra, y su voluntad,
hallo, que lo que ha de ser
por de burlas que se intente,
viene á ser por accidente.

Cond. Y yo acabo de entender,
que Belisa no tenia
á Don Juan amor perfecto,
porque todo ha sido efecto
de su misma bizarría:
que su extraña condicion
la obligaba á darle zelos
á Lucinda.

Juan. De los cielos
era justa obligacion
favorecer mi verdad.

Luc. Por obligaros ha sido
fingir mi amor tanto olvido,
y desden tanta lealtad:
oh quanto en amor alcanza
la porfia y la razon,
pues convierte en posesion
la mas perdida esperanza!
Iré en casa de Belisa,
pues de hacerme tal favor
con tan buen embaxador
por mas crédito me avisa:
y suplico al señor Conde,
que se halle á honrarme tambien.

Cond. Con daros el parabien
mi obligacion corresponde;
juntos nos podemos ir.

Luc. Dadme la mano, Don Juan.

Tello. Novio y padrino se van;

tienes algo que decir?

Fab. Que envidio los desposados,
Tello, por quererte bien.

Tello. Dame la mano tambien.
Dios nos haga bien casados. *vanse.*

Sale Belisa muy bizarra, y Celia.

Cel. No te espante que pregunte
para qué es tan nueva gala,
y vestirse á tales horas?

Bel. Celia, mis locuras andan
por acabar de una vez
con esta necia esperanza:
nací con inclinacion
á todo amor tan contraria,
que no pensé que en mi vida
á querer la sujetára
discrecion y gentileza;
pero no hay soberbia humana,
sin contradiccion divina.

Fundé mi loca arrogancia
en que no hubiese muger,
que no rindiese las armas
á mi libre entendimiento;
y estoy tan desengañada,
que no solo amor castiga
con tantas zelosas ansias
mi libertad, pero ha hecho
que se burle la ignorancia
de mi altiva presuncion;
de suerte que no me agravia
tanto en quitarme á Don Juan,
como en que piense muy vana,
que rinde mi entendimiento;
y si ahora no me falta,
de los dos agravios pienso
hacer á un tiempo venganza.

Cel. No sé si aciertas.

Bel. Yo sí.

Cel. Ya te dixé la mañana
que fuimos las dos al soto,
que el amor te castigaba
tanto desden y desprecio.

Bel. Coche á nuestra puerta pára:
si la desposada viene,
ninguna ventura iguala
á sacar burla de burla,
y venganza de venganza.

Sale Finea.

Fin. Una galera de tierra,
con clavos de oro por jarcias,
cortinas por altas velas
de tela riza de nacar,
y por remos que le mueven,
quatro cisnes de Alemania,
con la señora Lucinda
en tu portal desembarca.

Bel. Viene muy hermosa?

Fin. Viene
contenta.

Bel. Bien dices, basta,
no hay muger alegre fea,
ni triste hermosa.

Fin. ¡Ya amaynan.

*Salen Lucinda, Fabia, el Conde,
Don Juan, Tello, y criados
acompañando.*

Bel. Vuesa merced, mi señora,
honre aquesta humilde casa
mil veces enhorabuena.

Luc. Vuesa merced otras tantas
favorezca mi humildad.

Bel. Tan bien vestida y tocada
ya no querrá que la sirva
con cuidado, ni con galas.

Luc. No ha sido por no tener
del favor desconfianza,
mas por escusaros pena.

Cond. Todo cumplimiento cansa:
resta, señora Belisa,
pues aquí nos acompañan
tantos criados, que sean
testigos de que se casan
Lucinda y Don Juan.

Bel. Quién? cómo?

Cond. Lucinda y Don Juan.

Bel. Extraña
novedad! quién os lo dixo?

Luc. Cómo quién? ahora acaba
de decírnoslo Don Juan.

Bel. Don Juan, ó el sentido os falta,
ó no me entendistes bien,
que yo á decir enviaba,
que viniese á ser madrina,
quien viene á ser desposada.

E

Luc. Madrina? de quién?

Bel. De mí;
y que al Conde suplicaba
me honrase y favoreciese,
como me dió la palabra.

Díxeos esto?

Juan. Así es verdad,
mas mi turbacion fué tanta,
que erré el recado; mas tengo
disculpa, si me le pasan
por la necedad primera.

Luc. Ha sido necia venganza,
pero yo la tomaré
de los dos, solo me espanta,
que esto sufra el Conde.

Cond. Yo
tengo, Lucinda, empeñada
la palabra: deteneos,
y pues que tambien me agravian,
consolaos conmigo, y dadle
por mi, pues ya los aguarda,
el parabien con los brazos.

Luc. Mas vale volver burlada,

que corrida: yo los doy.

Bel. Yo á vos tambien con el alma;
quedemos las dos amigas,
y el señor Don Juan, que calla,
me dará la mano á mí,
pues que con tan buena gracia
erró el recado.

Juan. Yo hice
lo que mi dueño me manda.

Tello. Y yo me agarro á Finea,
perdone, señora Fabia:
que he menester esta alcorza:
con esta mano te llama
mi amor, qué aguardas?

Fin. Ay, Tello!
esa es mano, ó es patata?

Bel. Senado ilustre, el Poeta,
que ya las musas dexaba,
con deseo de serviros
volvió esta vez á llamarlas,
para que no le olvideis;
y aquí la comedia acaba.

FIN.

*Se hallará en la Librería de Castillo, frente las
Gradas de S. Felipe el Real, y en el Puesto de San-
chez, calle del Príncipe.*